

La realidad del sueño// el sueño de la realidad

Miguel Ángel Cadena



Capítulo 1

LA REALIDAD DEL SUEÑO

Qué sueño tan extraño, parecía como si no fuese yo mismo. Me levanto de la cama y voy directo hacia el espejo. Me miro las manos, son mías. Me miro al espejo y observo mi archiconocido rostro. Sí, estoy seguro de que soy yo. No es que lo dudase realmente, no soy estúpido, pero lo cierto es que me ocurrió como en las contadas ocasiones en las que uno se despierta atolondrado, con la cabeza en otro sitio, sin poder discernir todavía entre la realidad y el sueño. Salgo de casa y voy hacia el trabajo. Por la calle me reí para mí mismo pensando en ello, si te paras a mirarlo era algo cómico, una persona dudando de si es ella misma. Aunque lo cierto es que ya se me había olvidado completamente lo que había soñado. Tampoco es que fuese nada del otro mundo, a todos se nos olvidan los sueños. Llego a la oficina y me pido un café en la máquina, lo hacía todas las mañanas antes de sentarme en aquel cubículo hasta arriba de papeles. Ahí estaba esperándome Annie. Annie es una buena mujer. Es simpática, es inteligente, y a pesar de que es mi superior jamás la he visto con ese aire prepotente que tanto caracteriza a los jefes. Diría que más bien es al contrario, somos muy cercanos. Algunas veces he pensado en invitarla a salir, pero lo cierto es que la vergüenza me puede. ¿Por qué seré siempre tan vergonzoso? Creo incluso que ella está esperando a que me lance, a que de una señal. Pero bueno, siempre he sido así, por lo menos desde que tengo memoria.

Ocupo el asiento, comienza otro día más. Al menos la silla es bastante cómoda, las pusieron nuevas en febrero. Si algo me motiva hoy es que es viernes. Esta semana se me ha hecho larguísima, no he tenido tiempo para hacer nada. Nada que disfrute por lo menos. Mañana es el cumpleaños de Steve, eso sí es una buena noticia. Lo más probable es que nos reunamos los amigos de toda la vida y nos vayamos de copas. Hace años que no quedamos todos juntos... No veo la hora de que termine el trabajo. No puedo concentrarme del todo, hay algo extraño. No es nada que yo pueda ver o identificar, pero me noto algo ido. Será que ese estúpido sueño me ha dejado tocado para todo el día. Bueno, no tiene importancia. Después de tramitar todos los formularios, de traspasar datos en el ordenador y beberme dos cafés más, llegó por fin la hora de salir. Tenía ganas porque estaba cansado, creo que me iré a casa y reservaré fuerzas para mañana. Antes de llegar al piso compré comida en el súper para el fin de semana. Por supuesto metí en el carro esos fideos chinos que tanto me gustan. Abrí la puerta del piso y dejé las bolsas en la cocina. Todavía faltaba un tiempo para la hora de cenar, así que me tumbé en el sofá y vi una película. Los ojos se me cerraban solos, creo que me enteré de la mitad, y eso que era buena. Maldición, estoy muy cansado. Cociné bostezando mucho, sin embargo comí rápido y con ganas. Se notaba que tenía hambre. Ya por fin podía irme a la cama.

Cuando me tiré y me intenté acomodar se dio la situación que más odio por las noches: No poder dormir aun deseándolo diez minutos antes. Daba vueltas en el colchón y pensaba. Sin haber sido un día fuera de lo común (Es más, fue de lo más cotidiano) no me sentía del todo ubicado, me noté extraño durante todo el día. No sabría describir muy bien qué me pasaba, era simplemente que mi cabeza se iba sin darme cuenta, se ponía a pensar en cosas como a mis espaldas, y cuando me percataba y volvía en mí ya no lo recordaba. Pero bueno, parece que por fin viene. Mi cuerpo entero está relajado, mis músculos quietos y mi mente elevándose poco a poco. Por fin.

Floto. Me siento bien, como cada vez que descanso. Pero esta vez un hilo de consciencia me mantiene pensando, sujeto a algo. ¿Acaso no estoy dormido? Claro que sí, recuerdo perfectamente el cansancio, aunque ahora se oculte. Puede que este sea uno de esos sueños lúcidos excepcionales que tiene la gente. Voy a probar a abrir los ojos. Sí, lo veo todo con un aura espesa, lechosa. Se siente bien de verdad. Cuesta mucho centrar la vista. Estoy en un lugar bastante peculiar, obviamente parte del sueño. Hay nubes por todos lados, o eso creo que son. No son las nubes claras y bellas como las de un día soleado, se asemejarían más a nubes encapotadas, cuando está a punto de caer un chaparrón. Un momento. Hay algo que destaca allí al fondo. Intento correr, pero me caigo. Me desvanezco y me siento genial. Qué ligero soy. En ese lugar es como si se separasen de mí los brazos, las piernas, la cabeza y hasta los pensamientos. Si diera contra el suelo ahora mismo yo...

Puñetera alarma. De todas formas tengo que levantarme. He dormido tan bien que me ha costado el doble de trabajo levantarme. Seguro que tuve un buen sueño, una pena que nunca se queden ahí, en la memoria. Por otra parte eso nos libra también de las pesadillas, no está mal del todo. Al mediodía veré a los chicos y me invade esa especie de nerviosismo divertido que llena de energía. Desayuno algo ligero y bajo al portal para saber si me ha llegado alguna factura al buzón. "Créditos de bajísimo interés" "Ofertas de ropa para la primavera" "El seguro de automóvil más fiable" Todo es publicidad. Hago una bola con todos los panfletos y la tiro a la basura. Estaba hasta arriba de propaganda. Es lo que se merecen. Vuelvo a subir y me tomo el típico café mañanero mientras reviso el correo electrónico. De mensajes iba la mañana. Casi todo era relacionado con el trabajo, sólo un mensaje destacaba. Era de mi hermano pequeño, decía que iba a venir a visitarme el próximo fin de semana para pasar aquí las vacaciones. Desde hace ya varios años vivo lejos, en otra ciudad, hace mucho que no veo a nadie de mi familia y esa noticia me había alegrado mucho. Tony, mi hermanito, por fin lo vería de nuevo. Me puse a ver la tele para hacer tiempo hasta la hora de almorzar. Hice huevos fritos con patatas y dos salchichas. Los fines de semana no me preocupó por lo que como. Mierda, es fin de semana. Fregué los platos para no sufrir la morriña que viene tras la comida. Fui a prepararme para salir, el tiempo

vuela. Me duché y me vestí algo más elegante de lo habitual.

Todo estaba bien. No cambiaría nada de lo que estaba sucediendo. Fuimos a dar una vuelta por la ciudad mientras nos poníamos al día. David había encontrado novia, y Mike había dejado a la suya. Scott contó que por poco no venía, su trabajo se tragaba casi todas las horas de su reloj. Por suerte encontró unos meses atrás un trabajo un poco más holgado y de sueldo parecido. David, bueno, hoy cumplía 31, el más viejo del grupo. Hacía sólo un par de años que por fin pudo marcharse de casa de sus padres. Cuando ya se hizo un poco más tarde empezó lo bueno. Comenzamos con unas cervezas en un bar hasta arriba de gente, eso le daba un ambiente más movidito, más alegre. Después de la tercera cerveza decidimos cambiarnos de bar por el calor que hacía ahí dentro. Ya salimos más alegres, más sueltos, con nuestras tonterías de siempre. Acabamos en otro bar un par de calles más abajo. No llegaba a estar abarrotado pero tampoco faltaba gente. Ahí empezamos a pedir copas. Nos reímos los unos de los otros, charlamos, y sobre todo bebimos bastante. En mitad de todo eso David nos mandó a callar a todos, cuando lo hicimos empezó a cantar la canción de cumpleaños para Steve y todos le seguimos. Fue un momento bonito, de aquellos que te gustaría que no terminasen, que el tiempo te dejase ese rincón donde no ponía la mano para que lo disfrutases cuanto quisieses. Todos brindamos con nuestras copas y caímos en el choque parte de ellas. Pero nos importaba una mierda. Estábamos borrachos y lo único que hacíamos era reírnos. Un tiempo después Mike salió a fumarse un cigarrillo y yo lo acompañé. Nos costó sentarnos sin caernos hacia atrás. Mike siempre era el más payaso del grupo, siempre con sus bromas y sin tomarse nada en serio de verdad. Pero ahí estábamos los dos, callados como dos muertos en una noche como esa. Él daba sus caladas y yo miraba hacia una pared que teníamos en frente. Mike suspiró y agachó la cabeza.

-Mierda tío, ¿Puedo contarte una cosa, Marcus?

-Claro, dime –Respondí.

-Antes os mentí. No dejé a Nina, ella me dejó a mí. –Se restregó las manos por la cara-. Joder, tenía que decírselo a alguien o reventaba.

-¿Por qué no lo dijiste antes? –Me dejó descolocado, sin saber muy bien qué decir o hacer.

-Porque siempre soy el alegre, el gracioso. No quería que me vieseis así, y

menos hoy. No quería cargarme la fiesta con mis tonterías.

-No son tonterías, sabes que somos amigos y puedes contarme lo que sea.

-Ya, por eso mismo he esperado hasta ahora. –Apagó el cigarro contra el suelo-. Me dijo que no me preocupaba por nada, que mi trabajo era una mierda y no podía estar con alguien como yo. Que necesitaba a alguien mejor, “alguien con esa mirada de ambición” decía. Menuda mierda.

Opté por no decir nada.

-¿Estás bien aquí, Marcus? Quiero decir, ¿eres feliz?

-Bueno, tampoco mucho. Por lo menos me mantengo.

- A eso me refiero. ¿No te sientes frustrado a veces? Joder, mírame, tengo ya 29, dime qué he logrado. Nada de nada, en todo caso al contrario, siempre acabo perdiendo algo. Mi trabajo es una mierda y odio el sitio en el que vivo. Nada me gustaría más que volver al pueblo. Y parece que a ninguno de vosotros os va mucho mejor. Sin embargo ni se nos pasa por la cabeza mandar lejos todo esto, o sea, ni nos lo planteamos por más que apeste. Es como si ya naciósemos atados. –Sacudió la cabeza con una risa derrotada-.Tantos problemas... Cuando se junta todo te da esa sensación de irrealidad, de que todo es mentira y en algún momento se irán solos. Como en un sueño, uno del que no sabes cómo despertarte. –Se levantó de repente. Sin dejarme decir nada-. Pero bueno, voy a dejar de decir tonterías. Al final nos lo tenemos que tragar todo, no hay remedio. Volvamos a dentro.

Volvimos a entrar. Intenté por todos los medios no acordarme de aquella charla, lo evitaba hablando con los chicos, bebiendo. La noche se acabó dos horas después, más o menos, no sabía ni qué hora era cuando volví a mi casa. Una buena noche con ese toque extraño. Mike me dejó algo preocupado, pensé en hablarle por el móvil, pero decidí que era mejor dejarlo para mañana si quería escribir algo coherente. Qué bien te recibe tu casa cuando vuelves borracho. Nada más entrar el sueño me pegó un fuerte golpe. Será que ni me acordé del cansancio hasta llegar. Me costaba deshacer uno a uno los botones de la camisa, requería una maña que no poseía en esos momentos. Al final lo conseguí, después los pantalones fueron mucho más sencillos de quitar. Me desplomé en la cama y daba la sensación de que mi colchón flotaba a la deriva por el mar. Me di la vuelta, mirando hacia el techo. ¿Soy feliz? Diría que no. Pero pienso que nadie aquí lo es del todo. Es algo que cuando parece que lo tienes se te escapa de las manos, como intentar agarrar con fuerza un jabón mojado. Por eso ya no me preocupa demasiado. Estoy seguro de que Mike llegará a superarlo en un momento u otro, a aceptarlo más bien. Mañana le hablaré sin falta, sí... Ya viene el sueño, será mejor no darle

más vueltas a las cosas. El sueño. Qué extraño es. Todo lo conocido desaparece y suceden cosas ilógicas, a veces fantásticas y otras tenebrosas, pero siguen siendo parte de nosotros. Es como otra vida secreta, tan secreta que ni nosotros mismos sabemos de ella. Si digo esto es seguro que ya me encuentro ahí, hasta ahora no he recordado que ya estuve. Qué raro. Vuelvo a estar en ese páramo gris, como un reino sobre las nubes, solo que mucho más sombrío, se asemeja a una visión deformada de lo que imaginaríamos que es el cielo. Comienzo a andar, no se escucha nada, no hay nada, eso debería ponerme nervioso, pero fluyo como un río, y parece que ni siquiera tengo un cuerpo físico para sentir los nervios. Allá a lo lejos se extiende horizontalmente un colosal muro apagado, marcando una frontera. En ese mismo muro hay un recoveco de luz, un brillo tenue que llama. Voy a por él, pero avanzar aquí es como desprenderte de todo tu ser a cada paso. No sufro, pero parece que me pierdo a mí mismo cuanto más me acerco. Se oyen voces, muchas voces, diferentes tonos, lenguajes, voces de hombres y de mujeres. Aunque lleguen a aturullarme me resultan agradables. No sabría decir por qué pero parece que conociese todas ellas. Estoy cerca. Pero yo soy Marcus, un hombre normal y corriente, nada especial, ¿Qué hago aquí? Ni siquiera merece la pena planteárselo, no tengo ganas de pensar. Parece una abertura, una niebla con una débil luz propia, menos espesa que el resto. Sin cuestionármelo siquiera sigo adelante. Llegado a un punto dejo de sentir, y me preocupa no sentir nada de nada. Comienzo a atravesar la barrera. Me absorbe y me pierdo, no puedo explicar cómo pero mis memorias se van, se desvanece mi ser al completo. Ahora, aun sin sentir miedo, quiero volver. Sólo me queda este recoveco consciente. No puede ser que yo haya... Yo, yo, ¿Quién soy yo? Soy incapaz de decirlo, me siento ahora como tantas cosas que no sabría decir. Por más que busque no encuentro la respuesta. Yo soy...

EL SUEÑO DE LA REALIDAD

Despierta, despierta. Lo oigo a lo lejos. ¿Debería despertar?

-iWilliam! Despierta.

Abro los ojos despacio, la verdad es que cuesta un poco.

-Vaya hombre, te has quedado dormido en el escritorio. En realidad es comprensible, tal y como está la cosa tenemos que trabajar hasta caer rendidos.

Me dolía un poco la cabeza, me ardían los ojos y me pesaba el cuerpo. Desde luego no mentía.

-Vamos Will, es hora de irse, mira- Con un meneo de cabeza señaló hacia la ventana. Tras ella la oscuridad mortecina del comienzo de la noche

indicaba que, efectivamente, era hora de irse a casa.

Bajé las escalerillas del edificio y salí a la calle. El cielo estaba encapotado y no quedaba más luz en el firmamento que la que proyectábamos desde aquí abajo. Tras lo acontecido en octubre toda la ciudad (Y también todo el país) ha perdido todo rastro de vida. Sí, cuando salí las calles seguían abigarradas, pero no hace falta aclarar que una cuestión no tiene nada que ver con la otra. La gente ya no andaba, se arrastraba sin saber muy bien el por qué. Será por lo mismo que lo hacemos todos, por ese instinto de supervivencia, por esa aversión natural a la muerte, a abandonarlo todo de una vez por todas. Cada vez comprendo menos ese razonamiento, se deberá a que últimamente no tengo tiempo ni para pensar en qué es lo que estoy haciendo. Todo mi tiempo se lo lleva el trabajo, el único hueco libre del que dispongo lo utilizo para dormir. No hay más horas en el reloj, no hay posibilidad de que pueda emplear tiempo en otra cosa. Me arropo del fino rocío con mi gabardina cruda. Todo se ve gris. Y no creo que haya una descripción mejor para esta realidad. El gris no es ni blanco ni negro, es una mezcla confusa, mucho más depresiva que el negro. Si fuese negro por lo menos no podríamos negar lo evidente, porque el negro es absoluto. Pero no es así, todo es gris, todo es confusión, miedo, ira, y todos los malos sentimientos que te puedas llegar a imaginar mezclados. Se aprecia perfectamente en los rostros, todos rendidos, apagados, sin fuerzas, grises. Sin embargo siguen adelante negando la obviedad presente, motivados por a saber qué, temerosos de todo, y sin llegar a aceptar que no hay nada bajo nuestros pies, que ya tocamos fondo como civilización en el momento en el que permitimos que la falta de dinero pueda matar a millones. Y estoy hablando desde la perspectiva de alguien que sigue manteniendo su trabajo.

El autobús estaba habitado por espectros. Aquellos seres no apartaban la mirada del suelo metálico donde dejaban reposar sus pies cansados y sus entumecidas piernas. Miraban su reloj como si alguien los esperase, como si tuviesen una vida que aprovechar. Lo único que buscaba la gente de ellos era su tiempo y sus manos para crear. Nada más. Algunos vestían trajes y observaban el mundo que les rodea como si fuesen alguien importante, todo en la búsqueda de ese calor deshumanizado que surge cuando se alimenta en exceso el ego. Pero no conseguían engañar a nadie, ellos estaban tan vacíos por fuera como lo estaban por dentro. Iban y venían, se mezclaban en una masa homogénea que hacía a cada individuo irreconocible. Y por mucho que me costase admitirlo yo era uno de esos fantasmas que vagaban entre estaciones y paradas de autobús, plañendo como todos los presentes en la más absoluta quietud.

Abro la puerta intentando hacer el menor ruido posible. Por el murmullo que escucho de fondo sé que mi mujer está con la radio encendida, no necesariamente despierta. A hurtadillas por la entradilla me asusta una

voz ronca.

-Will, ¿ya has llegado?

-Sí cariño.

-Quítate el abrigo y ven aquí. –El mustio sonido de la radio cesó de repente.

Fui al pequeño salón, era estrecho y agobiante, regado de tiestos, pero era lo mejor que podíamos permitirnos. Ella estaba esperándome sentada como una vieja pasa en su butacón. No podía esperar que viniese a darme un beso, tenía que acercarme yo porque su barriga ya era grande y no quería hacer que se esforzase de más.

-Tienes mala cara.

-Claro, he estado trabajando todo el día, ¿Qué cara crees que voy a tener?
– Estaba seguro de que debía de cargar con unas ojeras violáceas, feas y profundas.

-¿Qué clase de respuesta es esa? Te he hecho la pregunta para romper el hielo, ya sé que tu trabajo es una mierda.

-Lo siento, es que cada vez trabajo más y más –Me restregué las manos por la cara- Estoy muy cansado.

-Pues debes dar gracias a dios por tener un trabajo tal y como están las cosas. No sabes lo afortunado que eres –Señaló con el dedo hacia la venta con un raro aire acusativo- ahí fuera hay mucha hambre.

¿Agradecido de qué exactamente? ¿De tener que trabajar 13 horas al día? ¿O quizá de cobrar lo justo para comer y que no me llegue ni para las facturas? Si las cosas están mal creo que lo mejor es aceptarlo, aceptar que queda largo tiempo todavía para estar revolcándose en este fango.

-Me deslomo cada día por una miseria, creo que por lo menos tengo derecho a quejarme.

Me dio la impresión de que en ese momento me miró con algo de repugnancia.

-Tus lloriqueos no nos van a dar de comer. Todos está igual, ¿Qué vas a hacer tú sino trabajar?

Hablar con ella era como utilizar la lógica con un niño pequeño. Me rendí rápido y me fui a la cama, no tenía ganas de otra tediosa conversación que no tenía otra conclusión que la de mi propio fracaso. Pero creo no

todo depende de mí.

El colchón era recio y viejo, sus bultos deformaban mi postura y me hacían daño. Pero no tenía dinero para otro colchón, este tenía que durar unos años más. Con tantos problemas en la cabeza uno no puede hacer otra cosa que abrazar el desvelo. Mi mujer estaba embarazada. Madre de dios ¿Cómo voy a mantener a una criatura si a duras penas puedo aguantar yo? Debo todavía un mes de alquiler. No quiero volver mañana al trabajo. Con este colchón me duele la espalda. Fuera ha comenzado a llover, vaya día me espera mañana. Mi mujer entra en el dormitorio y yo me giro hacia la pared para que no pueda verme la cara. Ahora sí que toca dormir. ¿Por qué tengo yo que soportar todo esto? Nadie me ayuda, nadie en este mundo me va a tender su mano. No lo aguanto más.

Sin siquiera darme cuenta ya eran las siete y media. Mis ojos se abrieron, secos y herrumbrosos, volví a sentir el cuerpo cargado con un peso invisible, como cada mañana. Mi cuerpo ya era torpe y cada vez más viejo. Me levanté y no encendí ninguna luz para no despertar a mi mujer. Ya era para mí más reconocible la casa en la penumbra que iluminada. Me puse un café y una tostada, aunque ninguna mañana tengo tiempo de disfrutar del desayuno o de retreparme en la butaca para leer el periódico. Me visto rápido y con sobriedad, sin perder mucho el tiempo. Bajando las escaleras me encuentro con el vecino de abajo con su perro, preparados para dar un agradable paseo matutino. Me gustaría tener un perro y perderme con él en largas caminatas sin rumbo.

El día no fue nada especial, nada diferente a lo que suele ocurrir. Me encerré en mi cubículo, con mis papeles y mis tazas de café para paliar la inamovible fatiga que se alojaba en mis huesos. Estando ahí me dio por pensar en el paso del tiempo, en cómo mañana tras mañana me levantaba y repetía la misma secuencia sin falla alguna. Mismos autobuses, mismas caras, mismo trabajo y misma cama. Los años eran como arena en mis manos, se deslizaban por entre mis dedos hasta que algún día mis palmas quedasen vacías. Me gustaría cerrar los puños con fuerza y correr, correr y no volver a mirar atrás. Siempre he pensado en escapar de todo esto, y siempre me estrello contra la frontera de la realidad. Estoy rodeado por un cerco. No dispongo del dinero para irme de aquí y empezar de cero. No tengo el valor de dejar mi trabajo porque no sé si encontraría otro. Mi mujer está embarazada, además es reacia a cambiar de lugar. Siento que cargo todo el peso del mundo en las espaldas, me encorva con una lentitud agónica, me deja mirando hacia el suelo, y a veces la tierra me susurra al oído.

Otra jornada termina. Cada vez me veo mirando al reloj de la pared con más frecuencia y antojo. Pero por hoy se acabó. Me equivocaba, mi jefe me llama con voz discreta. No recordaba que hoy era el día de paga. La oficina estaba oscura, iluminada sólo por una luz pobre de una lámpara sobre un archivador. Me ofreció sentarme. La mesa no era gran cosa, pero

la silla era mejor que la mía. Nos miramos a los ojos antes de hablar. No sé qué es lo que vi en esos ojos agrios, pero me temía lo peor. Fue de aquellas miradas que anticipaban el desastre, y yo no podía hacer otra cosa que suplicar la salvación. Abrió la boca y no dejó escapar un sonido, la volvió a cerrar para meditar sus palabras.

-Verás William... -Suspiró- Ah, mierda, no sé cómo decir esto.

Estaba tenso, tanto que mis brazos y piernas me parecieron barrotes. Quería mover la mano, quería abrir la boca y decir algo, no quería estar ahí. No hice nada, miré anestesiado cómo elegían la hoja con la que apuñalarme, tal y como un golfista elige el palo con el que golpear.

-No quiero andarme con más rodeos- Soltó al fin. Lo dijo rápido y decidido- No tengo la necesidad de explicarte que los tiempos que vivimos son muy malos. -Miró hacia la ventana -. Qué vida esta. Ojalá no tuviese que hacerlo, eres un gran trabajador y con tu esfuerzo diario has aportado mucho. Pero lamentablemente las cosas son así. Tendré que prescindir de tu trabajo. -Agachó la cabeza resignado-. Lo siento mucho pero la empresa no va muy bien, estamos en números rojos, rozando la bancarrota. Puede que en unos meses ni yo esté en esta oficina.

Se agitaba el pelo nervioso. Esta situación ya había aparecido antes en mi pensamiento. ¿Qué hago si me despiden? Obviamente lo mejor para mi salud era no pensar en ello, pero la posibilidad siempre estaba ahí. Aparte del problema de encontrar otro puesto lo que más temía era el lapso de la búsqueda. Podían ser unas semanas, tal vez un mes, fuera como fuese no disponía de nada para aguantar ese tiempo. Y ahí llegó el momento. Atenazado en la silla ya no atendía a lo que me estaba diciendo. Una gota helada recorría mi espalda y ya no había vuelta atrás. Mi cara debió de palidecer terriblemente pues mi jefe dejó de hablar en seco.

-Toma, esto es lo de este mes. Espero de verdad que te cunda.

Me ayudó a levantarme de la silla. Yo no dije ni una sola palabra en el trayecto hacia la puerta, tampoco pensé en nada durante el camino de vuelta. Creo que mi mente colapsó, llegó a su límite y dejó de funcionar por su propio bien. Encontrándome frente a mi puerta llegaron unos temblores terribles. Me sujeté la mano con firmeza y sin pensarlo demasiado abrí de sopetón.

-Buenas noches William.

¿Cómo se supone que debo abordar el tema? Seguro que me deja y se va con su madre. Me tachará de incompetente, de mal marido y mal padre. Sin esperarlo, su mano me tocó el hombro y salté como una gacela que atisba un león. Ella se echó a reír y preguntó que si me pasaba algo. Ordené mi expresión y me giré. No -Le dije de la manera más convincente

posible.

Me besó. Estará contenta porque hoy es el día de paga. Apreté el secreto contra el pecho y fui directo a la ducha. Contando con que me fíen este mes ya tendría que soltar una buena parte del sueldo por el pago del anterior. Ya no falta mucho para que ella dé a luz. No hay momento en el que necesite más el dinero que ahora. Me froto la espalda con el jabón, me aclaro y salgo. Indagando más a fondo me doy cuenta de que el dinero es sólo una parte del problema.

Me hallaba acurrucado entre mantas, mirando hacia la ventana mientras escuchaba el suave suspiro del ensueño que acogía a mi mujer. Hacia el cristal iban a estrellarse diminutas gotas de la fina lluvia, cortaban el paisaje en fragmentos cristalinos. Ya van dos noches lloviendo. No paro de darle vueltas a mi situación, y sin embargo no siento ya nada en absoluto. Ahora lo que más me preocupaba era el saber si estaba vivo o muerto. Cuando ya percibía esa frontera que separa la realidad del sueño mi cuerpo decidió levantarse casi por voluntad propia. Con torpeza me afiancé en el suelo y fui hacia el cuarto de baño.

-¿Qué pasa? -Preguntó casi soñando todavía.

-Nada, sólo voy al baño.

Allí me reafirmé en mi cuestión, un agujero parasitario habitaba mi interior, absorbiendo con sus terminaciones retorcidas e insaciables todo mi ser. Medité en mi espejo como última esperanza, y una ola de irrealidad me arrastró hasta perderme dentro del cristal. No me sentía yo mismo. Era una impresión vaga y lejana que hasta ahora permaneció agazapada en lo más recóndito de mí. En ese momento noté su trémula presencia, prometiéndome que lo que vivía era sólo un sueño. Miré alrededor y me encontré extraño en mi propia casa, no la reconocía. No reconocía mi asqueroso rostro decrepitando por días, el mundo entero me parecía algo ajeno. Cobraba más sentido en mi alborotada cabeza que nada fuese cierto y que más allá de esta vida me esperaba otra mejor. Sí, ojalá fuese así, pues no podía aguantar más lo absurdo que es vivir.

Abrí la ventana, un soplo violento de aire húmedo entró de golpe, como si llevase mucho tiempo esperando. Puse un pie en la cornisa, después me erguí por completo en el alfeizar. Paseé la mirada por la ciudad. El negro azabache adornado por las intermitentes farolas agonizaba por su podredumbre, Las calles rezumaban su aire ponzoñoso. Ya no me parecía bello lo que antes me fascinaba. Ahora tenía unos ojos nuevos, ahora podía ver con claridad la decadencia inexorable a la que estaba condenada el mundo. Esto debe de ser una pesadilla. Espero que todos puedan perdonar mi egoísmo.

Caí, seguí cayendo sin que existiese algo que pudiese frenarme. Otra vez aquel lugar. Esta vez no me sentí bien estando allí, simplemente la excitación inicial se desvanecía, y sin poder evitarlo volvía a ser arrastrado por una fuerza imperceptible hasta la misma posición en el muro. Aquella odiosa luz me acababa devorando. Me volví a dispersar, luego, en algún punto irreconocible me volví a forjar y desperté, siendo una persona completamente distinta.

Volvía a suceder una y otra vez en un ciclo ineludible. Hombres, mujeres, moderno o antiguo. Pasé por todos esos cuerpos, presencié toda esa vida destinada a la muerte. Una y otra vez, una y otra vez... Y en el momento en el que despierto en un nuevo mundo mi experiencia anterior desaparece en la nada eterna, queda atrapada en el purgatorio que transito entre la vida y la muerte. Todo vuelve a suceder de nuevo. El tiempo se transformó en una noción absurda, no sabía dónde estaba, cuando existía y cuando no. Olvidé quien era o quien fui. Y no presentía que tuviese fin alguno, era como pelar una cebolla capa a capa, siempre seguía soñando. ¿Era algo de lo que sucedía real? Creo que en un principio lo parecía, pero el bucle infinito me hizo perder la capacidad de discernir. Acabé rindiéndome ante la incapacidad de despertar en algún lugar que sintiese mío. Y volví a pasar por la puerta de nuevo.

Qué sueño tan extraño, parecía como si no fuese yo mismo. Me levanto de la cama y voy directo hacia el espejo. Me miro las manos, son mías. Me miro al espejo y observo mi archiconocido rostro. Sí, estoy seguro de que soy yo.